

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

TRES VIDAS DE MUJER



Warren William - Ann Dvorak - Joan Davis - Belle Davis

50

cts. EDICIONES BISTAGNE PASAJE DE LA PAZ 10 m ARGUMENTO
BARCELONA COMPLETO

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Mario BISTAGNE

Año II

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, núm. 10 bis
Teléfono 18551. - BARCELONA

N.º 42

TRES VIDAS DE MUJER

Dramático ssunto, de excepcional interés interpretado por
WARREN WILLIAM, ANN DVORACK, JOAN
BLONDELL y BETTE DAVIS

Dirigido por el famoso Mervyn Le Roy

Es un film

Warner Bros - First National



Distribuido por

Warner Bros-First National Films, S. A. E.

Paseo de Gracia, 77
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Tres vidas de mujer

Argumento de la película

Mary, Vivian, Ruth... Tres muchachas, tres niñas entre centenares de otras que forman el conjunto de aquel pensionado escolar en el que se educan las nuevas generaciones y en donde la juventud que apenas comienza a florecer, marca ya con leves esbozos el rumbo que ha de seguir cuando su personalidad se haya diseñado con trazo seguro.

Mary es rubia, pizpireta, coquetuela, amiga de los secretos y muy amante de pasarse las horas de recreo charlando con los muchachos y provocando con sus favoritismos riñas y celos entre ellos. Vivian es una espléndida morena, prometedora de una belleza magnífica cuando llegue a la plenitud de la vida. Es alta, esbelta, tiene unos ojos aterciopelados y oscuros, el cutis finísimo, el andar airoso. Todo el colegio en masa la considera como la más bella de la escuela y Vivian se ha enorgullecido un poco con este título que le crea una atmósfera de predilección y superioridad. Es estudiosa, formalita, seria con todos y sonríe solamente cuando ve su rostro reflejado en un espejo. Ruth es sumamente aplicada y los primeros premios son siempre para ella. Quietita, dulce, buena, suave para con todas sus compañeras, dó-

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.
Barcelona: Barbará, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 153 - Teléfono 76507

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

cil con sus superiores, trabajadora y humilde, pasa sin hacer ruido, pero querida de todos y buscada por todos, pues es la que sabe consolar y reconfortar, la que siempre tiene una palabra o un gesto lleno de cariño para sus compañeras, la que no tiene en torno a sí ni una antipatía ni una malquerencia.

Estas tres muchachas de caracteres tan totalmente diversos y de psicologías tan dispares, son buenas amigas y se reunen con frecuencia a charlar, a leer los periódicos que pueden proporcionarles o alguna novela de amor y de aventuras que a hurtadillas han hecho penetrar en el pensionado y que leen cuando pueden escapar de la vigilancia de las directoras.

Hay entre ellas algunas veces pequeñas rencillas y discusiones sin trascendencia, pero luego siempre vuelven a buscarse y a reunirse para seguir en una de esas amistades que ni el tiempo ni la vida en su rápido rodar logran desvanecer. Mary, la coqueta y traviesa Mary, es la que sufre más en el colegio, pues las directoras tienen que reprenderla con frecuencia por sus escapatorias y por el afán con que asedia a los muchachos que en aquella escuela mixta hacen casi vida en común con las chicas. Ruth vive tan ocupada en sus estudios que apenas se entera de lo que ocurre y, no concibiendo en su cerebro de mujercita formal y honesta las locuras de Mary, se alegra en su interior de que la reprendan, pues cree de buena fe que las reprensiones obrarán eficazmente en el ánimo de la coquetuela y le harán ver lo equivocado del camino que ha emprendido.

El curso toca a su fin. En la escuela se prepara la gran fiesta de final de curso en la que se reparten los premios a los alumnos en presencia de los padres y de los familiares que quieren asistir a la fiesta. Se recitan poesías, se toca música, cada uno exhibe sus conocimientos particulares y se finaliza con un gran desfile de todos los alumnos, varones y hembras, que pasan ante el tribunal a recoger el premio que les ha correspondido según su aplicación durante el curso.

Mary ha estado a punto de no poder asistir a la fiesta, castigada porque se la ha encontrado fumando unos pitillos con un chico de su edad en un rincón del parque. Este grave delito ha enfurecido a la Directora, que sólo ha aplacado sus iras en consideración a la madre de Mary, que ha acudido a ver el triunfo escolar de su única hija, a la que adora.

—Prométame más formalidad, Mary—le dice severa—, y la dejaré reunirse con sus compañeras. ¿Me promete estudiar con aplicación? ¿Le evitará más disgustos a su pobre madre?... No es usted una mala muchacha, pero es excesivamente coqueta y esto puede acarrearle serios disgustos.

Mary ha prometido y ha podido concurrir a la fiesta aunque no ha sido para ella el mejor premio, naturalmente; pero ha logrado mostrarse a los ojos admirados de sus condiscípulos en toda su belleza brillante y turbulenta, adornada en aquel día con sus mejores galas.

Ruth ha obtenido, como siempre, el primer premio. Vivian ha sido, entre todas, la más admirada, y un clamor general la ha proclamado la alumna más bella y popular de la escuela.

Ya todos se despiden. Las tres amigas se separan para no regresar más a la escuela. Han terminado sus estudios; cada una emprenderá un rumbo distinto.

—¿Qué piensas hacer tú? —Continuarás tus estudios? —pregunta Vivian a Ruth.

—Sí. Iré a una academia mercantil y, cuando esté suficientemente preparada me pondré a trabajar para ayudar a mi madre. —Y tú, qué harás?

—Seguramente mamá me mandará a un colegio particular a perfeccionarme. Y Mary, ¿dónde irá a parar?

—Creo que si no se corrige, tendrá que ingresar en un reformatorio.

* * *

El colegio adonde fué enviada Vivian a perfeccionarse y ampliar sus estudios era uno de los mejores y más aristocráticos del país. Los más ricos comerciantes, los políticos más presti-

giosos, los banqueros más acaudalados, en una palabra, la plutocracia más distinguida, mandaban allí a sus hijas para que recibieran una educación esmerada que les permitiera brillar dignamente en sociedad y encontrar un marido de la más elevada posición posible. Entre todas las jóvenes allí reunidas, ninguna podía compararse a Vivian en distinción y belleza. Alta, morena, esbelta, el talle flexible, el pecho firme, bien formado, la frente ancha y despejada, era uno de aquellos raros ejemplares de belleza que parecen hechos de las perfecciones de todas las razas. Era como una tanagra oriental o una samaritana viviente de Romero de Torres, con toda la desenvoltura y el dinamismo especial que el deporte imprime a la juventud americana. Pero lo más extraordinario de Vivian eran sus ojos negros y rasgados, abismos impenetrables donde tan pronto se adivinaba el fuego de su vida exuberante como el misticismo extático de aquél alma soñadora que en el colegio de niños le daba aquel aspecto sumiso de recogimiento que los profesores habían considerado siempre como señal de bondad y de un equilibrio moral que el tiempo demostraría que Vivian distaba mucho de tener. Las compañeras, aun las más envidiosas, la admiraban y procuraban imitarla. Con frecuencia formaban corro en torno a ella y se emocionaban con los episodios románticos que Vivian les leía, de novelas más o menos eróticas que por conductos secretos podían procurarse de vez en cuando. Una noche a la hora de acostarse, Vivian leía este párrafo:

“Gloria trató de defenderse, pero el brillo satánico de aquellos ojos la dominaban; los brazos la oprimían y ahogaban en sus labios la protesta; latían sus sienes, su voluntad desfallecía bajo sus besos ardorosos... y un angustioso deleite estremeció su pecho...”

—Y aquí acaba el capítulo sexto—dijo Vivian con el rostro enrojecido y los ojos llameantes.

—Pues cuando lleguen al décimo...—insinuó maliciosamente una del corro.

—Basta por hoy—impuso Vivian a quien la desazón introducida en su ánimo impedía continuar—. Es hora de acostarse.

El corro se deshizo de mala gana y Vivian tendióse en su lecho más que para dormir, para acariciar en el silencio de la

noche el anhelo inconcreto de un amor forjado por su imaginación exaltada.

A la misma hora, en la sala inhospitalaria y severa de un reformatorio, un grupo de muchachas de procedencias distintas esperaba también a que la campana diera la señal de retiro.

No forman corro como las del colegio aristocrático, ni se entretienen tampoco en leer novelas amorosas. La que más y la que menos ha escrito ya su capítulo en el libro de la vida. Diseminadas aquí y allá, sentadas sobre toscos bancos o en los peldaños de la escalera que conduce al piso, pasan el tiempo en actitud reflexiva; algunas, con la cabeza entre las manos, otras remendando algún desperfecto en sus sayas de uniforme gris. Una hay que en el quicio de la ventana murmura a media voz una canción que habla vagamente del amor y del cielo.

—¿Por qué recordarnos el cielo, cuando estamos en el infierno?—interrumpe una rubia huraña en quien con un poco de esfuerzo puede reconocerse a la traviesa Mary Keaton, la compañera de Vivian y de Ruth, en quien se ha cumplido el destino que sus amigas le habían veticinado.

—¿No te gusta el hotelito, Mary?—preguntó alguna con cierta sorna.

—Es bueno y ventilado, tengo ventana a la brisa y pago poco—respondió Mary siguiendo la broma un poco sarcástica. Y añadió suspirando:

—Lástima que resulte tan estrecho.

—Siempre es mejor estar aquí que hacer cola para recibir un plato de sopa allá fuera—intervino una tercera a quien la vida debía habersele mostrado muy dura, a juzgar por la resignación con que aceptaba aquel encierro—. Y además, no te hagas mala sangre, tampoco saldrás hasta que cumplas la condena.

—Esto no es motivo para que el sitio tenga que gustarme—replicó Mary cada vez de peor humor.

—De seguro que estás aquí por culpa de algún hombre—se atrevió a insinuar cierta rubia descocada—. Pues no pierdas el tiempo tramando venganzas. Hazles cruz a todos los hombres y en paz.

En esto entró la vigilante a avisarles que ya era hora de acostarse y la rebelde Mary respondió irónicamente:

—Se me había parado el reloj, señora mía. Mañana lo enviaré a la joyería.

Mientras Vivian y Mary, cada una en un ambiente distinto, vivían una vida de inquietudes, Ruth, la más modosita y aplicada del Colegio de niñas, seguía el ritmo pacífico de su existencia acudiendo a una academia mercantil a adquirir aquellos conocimientos que le permitieran ser un día la secretaria puntual y solícita de un hombre de negocios.

* * *

Han pasado los años y la vida ha traído y llevado de un lado para otro, como pobres muñecos sin voluntad y sin fuerza, a los seres que en la escuela creyeron, en la vehemencia e inexperiencia de la juventud, que el mundo era de ellos y que su voluntad podría imponerse al destino de sus vidas.

En un instituto de belleza, leyendo una serie de periódicos y revistas que han puesto en sus manos para que le resulten menos monótonas las horas que tendrá que pasarse en manos de masajistas, peluqueros, manicuras, etc., hasta salir de allí transformada en una muñequita sin expresión propia, pero lindísima, nos encontramos otra vez con la dinámica Mary Keaton, en cuyo humor no han hecho mengua los años ni las penalidades sufridas.

Mary había acabado por ser artista de teatro, ni mejor ni peor que muchas otras que en estos tiempos de aguda crisis en los espectáculos han de luchar desesperadamente para vivir. Sin embargo, ni las vicisitudes que ha experimentado en su profesión ni los años que estuvo encerrada en el reformatorio habían logrado cambiar su carácter jovial. Siempre alegre y comunicativa, entabló conversación con la oficiala que la atendía.

—Hoy—le decía—me encontré con una amiga a quien no veía desde hace diez años. Se llama Ruth Westcott. Fuimos condiscípulas. Ahora ella es taquimecanógrafa y está muy contenta, mientras que yo tengo que luchar con los empresarios.

Poco después de haber pronunciado Mary estas palabras una empleada entró a decirla:

—Una cliente la oyó hablar de esa condiscípula amiga de usted y cree que las conoce a usted y a ella.

—Dígale que soy Mary Keaton, la más mala de la escuela, así se acordará mejor.

La empleada salió para volver unos instantes después con el siguiente recado:

—Efectivamente, la señora a quien estoy sirviendo en el compartimiento vecino, la conoce a usted. Me ha encargado le dijera que se llama Vivian Revere.

—¡Oh, Vivian Revere!—exclamó Mary, llena de júbilo—. Ya lo creo que nos conocemos. Era muy hermosa. ¿Sigue siéndolo?

—Sí, es muy hermosa y elegante. Pronto terminaré con ella y la verá usted más embellecida todavía.

Media hora más tarde Mary y Vivian se abrazaban con la efusión que sólo producen esas amistades trabadas en la niñez y que los años no bastan a borrar. Hubieran querido contarse muchas cosas, pero ambas tenían prisa. Mary para acudir a los ensayos, y Vivian para volver a casa, donde la esperaban su marido y su hijo, un precioso chiquillo de tres años, que era un prodigo de hermosura y precocidad.

—No sabes cuánto me he alegrado de verte, Vivian—dijo Mary al despedirse—. ¿Volveremos a encontrarnos esta semana?

—Convenido.

* * *

Reunidas alrededor de la mesa de un restorán, Mary, Vivian y Ruth, las tres amigas entrañables de colegio, a pesar de sus caracteres tan distintos, se complacían en contarse mutuamente sus vidas en el transcurso de aquellos diez años y en recordar anécdotas de colegio, que ahora cobraban un relieve especial que les comunicaba cierta nostalgia.

—A ratos me eras antipática — le decía Mary, con su natural gracejo, a Vivian—. Era cuando me acordaba de que usabas pantalón rosado.

—¿Os acordáis de la maestra? — preguntaba Vivian.

—De buena gana la habría estrangulado — respondía Mary, acompañando las palabras con un gesto que acusaba bien a las claras sus condiciones de actriz.

Encendieron sendos cigarrillos con el mismo fósforo, y, como Ruth recordara la conocida superstición de que esto trae mala suerte, Vivian se puso repentinamente algo pensativa y dijo a sus amigas:

—¡Cómo os envidio a las dos!

—¿Tú envidiarnos? — exclamaron a coro Mary y Ruth —. ¡Sería gracioso! ¡Con un espléndido automóvil propio esperándote en la puerta!

—Todo esto me es indiferente — respondió Vivian, y continuó cada vez más triste:

—Debiera ser la mujer más feliz del mundo, pero no puedo vencer el hastío. Tengo un hogar, un marido y un hijo modelos y, sin embargo, no soy feliz. Ni yo misma sé lo que me pasa. Deseo una cosa con pasión y cuando la alcanzo no le doy ningún valor.

—¡Sí, sí! — objetó Mary esforzándose por no dar un giro de-

masiado serio a la conversación —. ¡Las veces que me he estrellado!

—Me casé con el primer novio serio para asegurar el porvenir — prosiguió Vivian —. Creía amarle y tal vez le amé, pero ahora todo me es indiferente. Quizás sea culpa mía... Mi hijo tiene tres años y es encantador, mi marido es un famoso y rico abogado... pero, ¿por qué atormentarlos ahora con mis problemas? Hablemos de ti, querida y beatífica Ruth. ¿Qué nos cuentas? ¿Qué haces?

—Yo? Muy sencillo — respondió riendo la aludida, al mismo tiempo que se levantaba —. Volver a la oficina para no perder el empleo.

Y las tres amigas se dirigieron a la puerta donde esperaba el lujoso automóvil de Vivian. Montó ésta en él, después de despedirse cariñosamente de sus dos amigas, y tan pronto arrancó la marcha, dijole Mary a Ruth:

—¡Qué suerte la de algunas!

—¡Quién sabe! — fué la respuesta tranquila de la resignada mecanógrafa.

* * *

En una cámara de la rica mansión del abogado Kirkwood, una niñera trataba de acostar al pequeño Robert, a quien llamaban Junior para distinguirle de su padre. El hermoso niño de Vivian, que tenía más ganas de jugar o de que le contaran cuentos, que de dormir. La niñera pudo convencerle al fin de que se estuviera quieto en la cama, pero unas ramas que el viento agitaba contra los cristales del balcón sobresaltaron a Junior, que empezó a llamar otra vez a la niñera al mismo tiempo que con aplomo de persona mayor requería su escopeta de juguete, que

tenía siempre junto a sí, y se disponía a defenderse, apostado tras la cama.

Tratando estaba la niñera de convencer al niño cuando llegaron del teatro los padres de éste.

—¿Qué le pasa a Junior?—preguntó Vivian acercándose a la cama a dar al niño el beso de buenas noches.

—El viento le despertó—dijo la niñera—y no quiere dormir.

—Eso no está nada bien—terció el señor Kirkwood—. Hay que dormir, caballerito.

El joven matrimonio se disponía a retirarse a su habitación, pero el niño, que estaba desvelado, rogó a su padre:

—No te vayas tan pronto, papá.

El marido dejó que la esposa le precediera hacia su cuarto y retrocedió junto al niño para prodigarle caricias. El pequeño, saltando gozoso sobre la cama, aplastó el sombrero de copa de su padre.

—Mira—dijo miedosamente—, lo rompé sin querer.

El padre cogió el sombrero que era plegable y lo volvió a su primitivo estado, cosa que hizo reír al niño, que vió en aquello uno de los muchos juegos con que su papá le divertía.

Vivian, mientras tanto, en la habitación contigua, se desnudó presurosa y, sin hacerse apenas la toilette de noche, se acostó. A los pocos momentos entró el marido y, extrañado de encontrar ya dormida a Vivian, quedóse pensativo y de pie en mitad del espacio que separaba la cama del armario ropero. Así pudo ver en el espejo a Vivian abrir un momento los ojos y volverlos a cerrar, y comprender que ella fingía estar dormida.

—¿Qué te pasa, Vivian?—preguntóla en tono de súplica más bien que de reproche—. Yo sé que no estás dormida. ¿Por qué ese desvío? ¿Te he ofendido?

—No es culpa tuya—contestó Vivian, acariciando benevolamente la mano de su marido—. No sé lo que me pasa. Todo me hastia. Creí que sería un estado de ánimo pasajero.

—Yo también lo creí así, querida; pero desgraciadamente veo que me equivoqué. He hecho todo lo posible por hacerte feliz, hasta satisfacer tus menores caprichos.

—Lo sé. Quizás eres demasiado bueno.

—¿Te gustaría tal vez un par de bofetadas antes del desayuno?—preguntó Kirkwood, fingiendo buen humor.

—No sería un mal remedio—rió ella.

—En serio, Vivian. ¿Cuál es la solución? Así no podemos continuar.

—¡Ojalá lo supiera yo! Hace meses que todo me deprime, la casa se me cae encima... A veces pienso que si me alejara una temporada...

—Yo podría acompañarte unas semanas—ofreció él complaciente—. El viajar nos hará bien a los dos, por unos meses. En el extranjero se te pasará este decaimiento.

—Yendo juntos, Robert, no solucionaría nada, por lejos que viajemos.

Una sombra se dibujó en el rostro del enamorado marido, el cual supo, sin embargo, sobreponerse, preguntando en el mismo tono amable:

—¿Preferirías ir sola? No me gustaría mucho, pero si lo crees mejor...

—Llevaría al niño conmigo.

—Le echaré mucho de menos—repuso el amante padre—, pero renunciaré a él por ti.

Vivian sonrió agradecida y Robert ultimó:

—Mañana arreglaremos los demás detalles.

Y buscando con afán un beso en la boca de la esposa querida, ella le ofreció la frente.

* * *

Robert acompañó a Vivian y a su hijo a bordo del lujoso transatlántico que iba a partir hacia Europa.

—¿Quieres pasear en cubierta?—preguntó a su esposa, cuan-

do tuvieron instalado todo el equipaje en el camarote—. El barco sale a la medianoche.

—Antes tengo que acostar al niño.

—¡No quiero acostarme!—protestó Junior—. Quiero estar con papá.

—Quiero que cudes bien a mamaíta hasta que vuelvas. Y no hacerla enfadar. ¿Lo harás?

—Sí, lo haré. Y también daré de comer a Oscar todos los días —prometió el niño.

Oscar era un hermoso pez de color que Junior había querido llevar consigo en una magnífica pecera de cristal.

—¿No habrás hecho mal en no llevarte a Molly, la niñera, Vivian? ¿Cómo podrás arreglarte sola?

—¡Oh, no te preocupes, querido—respondió ella cariñosa—. Será una distracción cuidar yo misma del niño.

En esto entró en el camarote el secretario de Kirkwood y entregó a éste un telegrama.

—Ese pleito de Cleveland que no se soluciona—explicó a Vivian, una vez leído—. Tengo que ir allá en seguida. A las doce sale un tren para Cleveland. Vaya a sacarme billete—ordenó al secretario.

Era, pues, hora de despedirse. Robert Kirkwood hizo a su esposa todas las recomendaciones que inspira un amor sincero. Que se acostara pronto, pues la humedad de la noche en cubierta podía perjudicarla; que se divirtiera mucho. Ya vería como al regresar habría vencido el hastío y le encontraría gusto a la vida. Finalmente se atrevió a rogar:

—Y piensa un poco en mí, con cariño, si puedes. Me gustaría que me escribieras cada dos días, contándome tus impresiones y, sobre todo, no olvides ponerme un cablegrama tan pronto desembarques.

Vivian asintió levemente con la cabeza y los dos esposos se despidieron con un beso en que él puso toda la vehemencia de su amor y ella toda su comprensión y buena voluntad.

Una vez sola, Vivian subió a cubierta a respirar el fresco de la noche y a probar con avidez el sabor de aquellos primeros momentos de libertad, que no tardaron mucho en ser interrumpidos.

Acababan de darle una palmada en el hombro y al volverse se encontró con la alegría de Mary, que la había descubierto.

—¡Hola, Mary Keaton, la famosa! Cuánto me alegro de verte. Empezaba a sentirme muy sola.

—No me llames Keaton, querida. En el teatro mi nombre es Bernard.

—Conque, ¿viajaremos juntas?

—No, Vivian; hemos venido a despedir a unos amigos que se embarcan. Te presento a Mike, un amigo, que tampoco se embarca.

—Y que la invita a usted a acompañarnos durante las horas que faltan para que zarpe el vapor—dijo Mike, agradablemente impresionado por la belleza de Vivian.

—Sí, Vivian. Vente con nosotros al camarote de nuestros amigos. Hemos organizado una pequeña fiesta de despedida. Verás cómo te diviertes.

—No puedo dejar solo al niño—objetó Vivian.

—La camarera cuidará de él—sugirió Mike, fijando con insistencia sus ojos en los de Vivian, que se sintió un poco dominada por el impulso algo primario de aquel hombre.

Partieron los tres para la fiesta. Mike se aseguró la exclusiva de Vivian y ambos empezaron a bailar con la ilusión que acompaña el preludio de toda aventura. Pronto el whiskey y el champán vinieron a aumentar la algazara y el desorden en aquella tertulia de jóvenes que como artistas de teatro que eran algunos, y el resto aventureros o gente sin profesión, eran todos un poco alocados y bohemios. Mike estrechaba cada vez más el cerco en torno a Vivian.

—Tiene usted unos ojos divinos—la dijo, oprimiendo con fuerza su talle juncal—. Los más bellos que he visto en mi vida.

Mike no era ningún tipo de hombre extraordinario, ni por su físico ni por sus maneras. Joven de unos treinta años, alto, atlético, de rostro ancho y casi cuadrado, tenía el aspecto de un campeón deportivo más bien que el de un galán de sociedad. Pero había en él una audacia, un dominio, de hombre avezado a tomarse por sí mismo las cosas, y había, sobre todo, en sus ojos, un egoísmo penetrante que acababa por imponerse.

Vivian, un poco inquieta y bastante turbada, pero sin fuerza bastante para resistir la atracción de aquel torbellino, quiso salir a cubierta para tomar un poco de aire que la serenara. Mike la acompañó y, en la baranda del puente, como ella insinuara algo acerca de la vacuidad de aquel viaje, la dijo:

—Si no va a gusto, ¿por qué va?

—¿Por qué no viajar? —replicó ella un poco enigmática.

—¡Qué rara es usted! No la entiendo, adivino en usted una mujer apasionada, distinta a las otras. Tiene cuanto se necesita para gozar de la vida... pero no sabe sacarle partido.

Y añadió insinuante:

—Me basta con verla para saber que usted no conoce la vida.

—Y usted podría enseñármela, ¿no? —contestó Vivian, dándose por entendida.

—Si sigue usted burlándose, día vendrá en que no le harán ninguna proposición.

—¿Quiere usted decir que me pongo vieja?

—No. No he dicho eso. Para mí es usted la mujer más hermosa del mundo.

—¡Si no hace una hora que me conoce!

—Una hora, diez años, ¿qué más da? Sólo existe el presente.

Todo aquello era absurdo. Vivian lo sabía. Sin embargo, ¿qué había en aquellas disparatadas palabras que la atraía y la hablaba muy a lo íntimo de su alma disconforme y ansiosa?

Mike la vió vacilar y, cogiéndola con fuerza entre sus brazos forzudos, la dijo, mirándola fijamente a los ojos y casi rozando con sus labios la boca anhelante de ella:

—No huya de la vida, Vivian. Tómela mientras puede gozarla.

Las sirenas del barco anunciaban ya la salida. Vivian corrió a su camarote. Cogió al niño en sus brazos y abandonó el barco precedida de Mike.

El pequeño Junior, asustado y medio dormido, preguntaba:

—¿Adónde vamos, mamaíta?



... se emocionaban con los episodios románticos que Vivian les leía.



Encendieron sendos cigarrillos con el mismo fósforo...



—No te vayas tan pronto, papá...



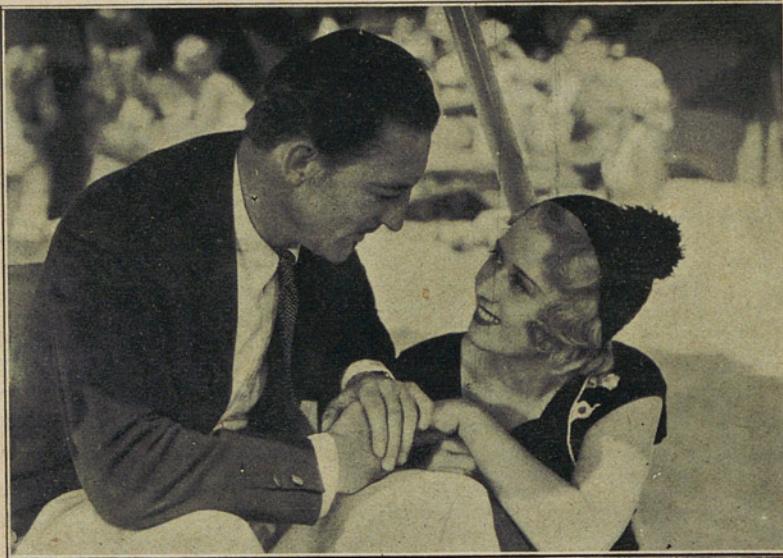
—¿Quieres pasear en cubierta?



—Adivino en usted una mujer apasionada...



—No huya de la vida, Vivian. Tómela mientras pueda gozarla.



—Desearía compartir mi libertad con usted.



—¡No puedo hacer eso a sangre fría, no puedo!

* * *

Unos días más tarde, los justos para la travesía, los periódicos daban cuenta, a grandes titulares, de la desaparición de la señora Kirkwood y su hijo, advertida cuando el trasatlántico llegó a Cherburgo, en la costa francesa. Nada se sabía de los motivos de semejante desaparición. La camarera de servicio en el camarote de Vivian se había limitado a declarar que ésta había sacado al niño del camarote pocos momentos antes de zarpar el barco.

Robert Kirkwood, el marido de Vivian, profundamente apenado, no perdonó medio para averiguar el paradero de su esposa e hijo. Puso en movimiento a la policía y él por su cuenta pagaba además a una legión de detectives particulares de los tenidos por más hábiles y expertos. Todo fué en vano. Los amigos, que eran muchos y sinceros, acudían a consolarle.

—¿Cree que su esposa no estaba contenta? —inquirían—. ¿No era feliz?

—Me temo que no —respondía Kirkwood, desesperado; y agregaba en tono amenazador:

—Pero no le consentiré que haga sufrir al pobre chiquillo.

En el departamento adonde Mike la había llevado, Vivian se abandonaba al desenfreno de aquella pasión que tan bruscamente había venido a torcer el curso de su vida. Pasaba los días en una orgía continua, librándose con un afán de locura a aquella aventura pasional a la que ni ella misma hubiera encontrado explicación razonable. Ni siquiera la presencia del niño imponía un poco de recato a aquellas escenas libertinas en que ella tomaba parte con más despreocupación que una profesional.

A veces el niño acudía a pedir de comer y ella, tendida en un diván, medio borracha, le ofrecía algunos pasteles, restos del “lunch” celebrado con los amigos poco recomendables de Mike que habían acudido a la bacanal. El niño los rechazaba.

—No quiero dulces. Quiero pan con leche, mamaíta—decía Junior, acostumbrado al régimen ordenado del hogar perdido.

Otras veces preguntaba, con aquel aire encantador de hombrécito:

—¿Tengo que lavarme las orejas, mamita? Ya es casi de noche.

Mary, que por su profesión de artista conocía a toda aquella gente que rodeaba a Vivian, pero que, no obstante, se guardaba muy bien de tomar parte en sus locuras y francachelas, se dolía amargamente de la conducta de su amiga, de la cual se sentía un poco responsable por el hecho de haber sido ella la que en mala hora hizo que Vivian conociera a Mike y a toda su compinchería de indeseables. Acudía con frecuencia a Ruth y la hacía partícipe de sus inquietudes. Ambas lamentaban sinceramente el rumbo de perdición que había tomado Vivian, la amiga mimada de la suerte a quien tantos motivos tenían para envidiar hacia poco.

—Cuando veo al niño en ese ambiente, me hierge la sangre en las venas—decía Mary con tristeza—. Si vuelvo a despedir a algún viajero...

—No lo tomes así, Mary. Tú no tienes la culpa de su locura.

—Eso es más que locura. No tiene ojos ni oídos más que para ese hombre. Tenemos que hacer algo, Ruth.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotras?

—Si puedo convencer a Vivian para que me entregue el niño, ¿podría tu hermana cuidarle?

—¡Cómo no! Le encantan los niños y así su pequeño tendría con quien jugar.

Dispuesta a llevar adelante su plan, Mary se presentó en la habitación donde Vivian se había encerrado con su hijo. La halló acompañada de la gente de costumbre, bebiendo y bailando alegramente.

—¡Hola, Mary, llegas a tiempo! Justamente faltaba una mujer—gritó Vivian al verla.

—Pues por mí, sigue faltando—fue la respuesta seca de Mary—. Querría hablar contigo a solas un momento.

Vivian la hizo pasar a una pieza contigua donde se encerraron las dos.

—Tú sabes—empezó diciendo Mary— que me importa poco

lo que haga el prójimo. Digo esto para que pongas más atención a lo que voy a pedirte.

—Lo que tú hagas—continuó—con ser bastante reprochable, hasta cierto punto me tiene sin cuidado; pero es injusto tener aquí a esa criatura. Deja que yo me lleve al niño. La hermana de Ruth tiene una niña de la misma edad y juntos lo pasarán bien. Tú podrías ir a verle cuando quisieras.

—¡Ah!, ya sé. Queréis educarlo en un ambiente decente, ¿no? Muy interesante—contestó Vivian con cinismo.

Mas viendo que Mary se disponía a insistir, y quizás para terminar antes aquella conversación que empezaba a agujonearle la conciencia, rectificó:

—Quizás tengas razón. Lo pensaré.

—Es preciso que me des tu consentimiento ahora mismo. Te lo suplico, Vivian. No te pesará.

Vivian se levantó dejando a su amiga casi con la palabra en la boca, se fué a la habitación en que seguía la fiesta y, ofreciendo a Mary una copa, dijo:

—Bebamos ahora. Quizás me decida.

—La bebida te ha aconsejado ya otras veces, y no bien precisamente—replicó Mary, dirigiendo a su amiga una mirada de lástima.

Acto seguido se retiró con el firme propósito de no volver por allí sino para sacar al niño, de la manera que fuese.

Mary era otra mujer desde aquel desgraciado episodio de la vida de su amiga, o tal vez, más que otra mujer, era lo más profundo y más auténtico de su alma, lo que salía ahora a la superficie, revelando el tesoro de delicadezas y de sentimientos que escondía el corazón de aquella que fué en la escuela una niña díscola y casquivana y más tarde una joven tenida por frívola tal vez por el hecho de ser menos tímida o hipócrita que muchas otras. Mary se había dejado llevar siempre, en todas sus cosas, por un exceso de espontaneidad. Era alegre y expansiva por temperamento y no se preocupaba de si a los ojos de la gente podían parecer buenas o malas sus acciones. Por primera vez se detenía ahora en hacer comparaciones. Vivian era en la escuela la predilecta de las profesoras y el encanto de los visitantes. Ahora, en cambio, en la escuela de la vida, que es donde se aquilata el valor de las personas, había sido capaz de aban-

donar a un marido ejemplar y de ofrecer a aquel ángel que era su hijo el espectáculo vergonzoso de su degradación, y de sacrificarlo todo, hogar, marido, reputación e hijo, a su instinto de hembra. Por el contrario, ella, la incorregible Mary, a quien sus malandanzas habían llevado a una casa de corrección, sentía ahora hacérsele el alma pedazos a la vista de aquella encantadora criatura obligada a valerse por sí misma y a ver a su madre portarse de manera que forzosamente tenía que repugnar a su instinto infantil.

Cansada de darle vueltas al problema sin vislumbrar ninguna solución, determinó dar un paso decisivo. Iría a ver al señor Kirkwood, el marido de Vivian, y le diría dónde se hallaba ésta con el niño.

Mary no era persona que dejara fácilmente de cumplir una resolución tomada. Se enteró de donde se hallaba el bufete de Kirkwood y allá se dirigió sin pérdida de tiempo.

—Una joven desea verle—anunció a Kirkwood el secretario.

—¿Qué quiere?—preguntó aquél de mal humor.

—Dice que viene a hablarle de su esposa.

—Que pase en seguida—autorizó Kirkwood con evidente impaciencia.

Mary entró un poco cohibida por el lujo y el trajín de aquel despacho, por el aspecto severo y distinguido de Kirkwood y quizás también por la importancia de la misión que allí la traía y que ella voluntariamente se había impuesto. Sin dejarla tiempo de que hablara primero, Kirkwood la atajó:

—¿Conoce usted a mi esposa? ¿Dónde está?

—Está en la ciudad y su hijito...

El rostro de Kirkwood se contrajo en una expresión tal de ansiedad que Mary, que hablaba despacio y miedosa, se apresuró a declarar:

—Está bien de salud. Está...

—¡Por el amor de Dios, señorita, hable pronto!

La timidez e indecisión de la joven era cada vez mayor y en vez de empezar por el final, como hubiera deseado Kirkwood, se extendió todavía en rodeos que excusaran lo que a ella le parecía que podía ser indiscreción.

—No quiero inmiscuirme en sus desavenencias conyugales, que

no me importan, pero siento por el niño un cariño como si fuera mío y...

—¡Hable, por favor! ¿Dónde están? — clamaba el pobre padre.

—En el Warwick, bajo el nombre de Killroy...

Sin dejarla terminar, Kirkwood empezó a dar órdenes con una vehemencia tal, que Mary tuvo que advertirle:

—Proceda con cautela para ir al hotel. Si ella se entera de que la buscan, desaparecerá.

Kirkwood, Mary y unos agentes de policía se dirigieron al hotel Warwick, tomando precauciones para no llamar la atención. Mary se adelantó y, como la criada que servía a Vivian mostrara algún recelo, la dijo en tono imperativo:

—¿No sabe que soy amiga de la señora?

Penetró en la habitación y viendo a Vivian en su acostumbrado estado de indolencia, le preguntó:

—¿Dónde está el niño?

—Aquí estoy, tía Mary—gritó desde la habitación contigua, el niño, que llamaba tía a la amiga de su madre, por el cariño con que le trataba.

Mary fué a encontrarlo y lo halló manipulando unos restos de comida.

—Estoy preparándola para Oscar—explicó Junior.

Y como Mary mostrara sorpresa, agregó:

—¡Cómo! ¿No conoces a Oscar? Es un pescado de colores, muy gordo, así...

E hizo con las manos un gracioso ademán.

A todo esto Kirkwood había entrado ya, y cogiendo apresuradamente al niño entre sus brazos, dijo, mirando despectivamente a su esposa que trataba de impedirle el paso:

—Me lo llevo. ¿Hay algún inconveniente?

Vivian nada respondió y Mary se le acercó a decirle:

—Estás loca, Vivian. Créeme, porque yo también lo estuve un poco. ¡Tratar así a un marido como el tuyo!

—¿Qué sabes tú de eso, presidiaria?—la insultó Vivian.

Mary recogió las ropas del niño y fué a reunirse con Kirkwood, que se había marchado ya y la esperaba fuera.

* * *

Mary y Ruth pidieron y alcanzaron autorización de Kirkwood para cuidar del pequeño Junior, y el padre se le caía la baba viendo cómo ambas rivalizaban en prodigarle cariño y atenciones de toda clase. Kirkwood las invitó a pasar unos días en una playa, donde el niño pudiera rehacerse de cierto estado de debilidad en que le habían sumido aquellas semanas de desorden y de abandono. El iba allá todas las fiestas y los demás días que le dejaban libres sus muchas ocupaciones profesionales, y como ya se iba acostumbrando a olvidar a su esposa, se sentía casi feliz al ver a su hijo contento y risueño entre aquellas dos jóvenes que eran como dos nuevas madres que le hubiesen caído del cielo.

Junior era incansable dando tumbos sobre la fina arena de la playa, jugando a la pelota y haciendo castillos, tanto, que muchas veces su papá tenía que observarle:

—Descansa un rato, hijo. No fatigues tanto a tía Mary y tía Ruth.

Entonces Ruth y Junior se sentaban al borde del agua, de manera que el pequeño jugara con la espuma de las olas, que venían a acariciarle los pies, y Mary iba a sentarse al lado del señor Kirkwood, bajo un parasol.

—Le miman ustedes demasiado — le decía amigablemente Kirkwood a Mary —. Es un tiranuelo.

—¡Es adorable! Nos tiene embobadas.

—Me alegro. Porque así, y con el afecto que Junior le tiene a usted, espero que será más fácil retenerla con nosotros y hacerla desistir de sus planes de volver al teatro.

—¿Me ofrece el cargo de aya? —bromeaba Mary.

—No. Ese puesto sería para Ruth, que es chica fácil de contentar. Para usted tengo pensada una responsabilidad mayor.

Y añadió, después de una ligera pausa:

—Mañana obtendré el divorcio y recobraré mi libertad. Mi deseo sería poder compartirla con usted.

Mary, sentada en la arena, apoyaba sus manos en el brazo del sillón de mimbre en que se hallaba Kirkwood. Este las tomó suavemente y habló más explícito:

—Ya que no tuve la suerte de conocerla antes para hacerla mi primera y única esposa, ¿querría usted ser la segunda, Mary?

Una mirada dulce y prolongada de la joven, en que asomaban lágrimas de alegría y ternura, hizo innecesaria la respuesta afirmativa de los labios.

* * *

Una mañana Vivian, vestida modestamente y muy desmejorada de aspecto, aunque bella todavía, se hallaba cerca de la casa de su ex marido, medio escondida en el hueco del escaparate de una tienda vecina. No lejos de allí el lujoso automóvil de Kirkwood esperaba a que su actual señora bajara a ocuparlo. Mary no tardó en aparecer. Montó en el auto y, antes de que éste acelerara la marcha, Vivian se acercó a la ventanilla y suplicó:

—Mary, ¿podría hablar contigo un momento?

—Claro que sí, Vivian! No faltaba más. Pero ¡cómo has cambiado!

—¿Cambiado? Llámalo así. Tú, en cambio, estás muy bien. Es natural.

—Muchas cosas han pasado en estos dos años, Vivian. El niño está encantador. Monta y hablaremos de él.

—No, gracias. Sería demasiado.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Estás llorando? — exclamó Mary, reparando en su amiga.

—Quería verte, porque estoy desamparada... Es duro tener que pedirte una limosna, pero ya ves... Mike no tenía fortuna. Vivíamos de lo mío. Vendí todas mis joyas.

Mary, emocionada, abrió el bolso y tomado todos los billetes que en él llevaba, se los entregó a Vivian, que se alejó después de dar las gracias.

No había andado mucho Vivian cuando de una esquina próxima salió a su encuentro Mike, a quien ella dijo, entregándole el dinero con disimulo:

—Ven conmigo a casa.

Mike contó uno a uno los billetes y dijo luego con rabia:

—¡Ochenta dólares! ¡Qué gente más miserable!

Aquella misma noche Mike acudió la club, donde al entrar le dijo un compañero que Ace, el jefe de la pandilla, le esperaba.

—No pude venir anoche—explicó Mike—. ¿No crees que Ace se hará cargo de mis dificultades, Harve?

—No sé—advirtió éste—. Es muy testarudo y eso de que el Banco le devolviera tu cheque como si fuera una pelota, no le gustó nada.

Habían llegado ya a la habitación donde el terrible Ace se encontraba con varios satélites de la banda. Mike se adelantó temblando y, dirigiéndose a Ace, se excusó:

—Siento lo del cheque. Estaba bebido cuando lo extendí. No vine antes porque creía poder reunir fondos. Le traigo lo que he podido reunir hoy—añadió alargando al jefe el pliego de billetes—. Deme tiempo y conseguiré lo que falta.

—¡Ochenta dólares! —gruñó Ace, después de contarlos—. ¡El cheque es de dos mil dólares y me entregas ochenta a cuenta!

—Yo buscaré el resto, Ace. ¡Perdón, perdón!—imploraba el valiente Mike, con acento lastimero de mujer—. No quise estafarle, créame.

Pero el jefe, inmóvil, descargó en el rostro de Mike un tremendo puñetazo que le hizo rodar por el suelo.

—Esto no es más que una muestra de lo que te espera, si no andas con cuidado. Y ve desenterrando ese dinero, ¿sabes? Hasta el último céntimo.

* * *

Mike necesitaba hacerse de algún modo con los dos mil dólares que el jefe de la banda le exigía y pensó que Kirkwood podría facilitárselos. Para ello necesitaba un pretexto y pronto creyó haberlo encontrado.

Kirkwood estaba, como siempre, muy atareado cuando le avisaron de que un joven deseaba verle.

—¿Cómo se llama? ¿Qué quiere?—inquirió.

—Dice que se trata de algo relacionado con su esposa. Su segunda esposa.

Sospechando el abogado de lo que podía tratarse, se puso en guardia y ordenó que dejaran pasar al visitante.

—Seré breve—dijo éste, de pie frente a la mesa de Kirkwood—, necesito una suma de dinero para un asunto de vida o muerte... Son dos mil dólares.

—¿Y bien, qué me importa a mí esto?

—Es que usted me los prestará—añadió Mike.

Y como viera el gesto negativo de Kirkwood, continuó:

—¿Sabe usted que su esposa se llama Mary Keaton y no Mary Bernard.

—Lo sé.

—Pero seguramente no sabrá que estuvo presa en un reformatorio. De manera que creo que me prestará usted esa suma para evitar que algún periódico publique esta noticia referente a la señora esposa del prestigioso letrado Robert Kirkwood.

—En primer lugar—replicó con serena energía el abogado, poniéndose de pie y clavando sus ojos en la cara del desaprensivo chantagista— ningún periódico publicaría la noticia para no exponerse a una querella por difamación, y en segundo lugar, si lo hiciera, le rompería a usted los huesos y lo metería luego en la cárcel para cicatrizarse las heridas.

Mike, que no esperaba hallarse con un hombre del temple de

Kirkwood, fué retrocediendo hacia la puerta, desde la cual amenazó todavía:

—Pues sepa, señor letrado, que no hemos terminado aún.

Kirkwood no era hombre que se dejara impresionar fácilmente por amenazas de esta índole. Conocía demasiado los resortes que la ley concede al que sabe manejárla bien al servicio de una causa justa y sabía muy bien que nadie querría entendérselas con él frente a los tribunales. No obstante, la dolorosa experiencia que había sufrido ya una vez le sumió por unos momentos en un estado de preocupación, del que afortunadamente vino a sacarle bien pronto Ruth, entrando en el despacho con el niño.

—Junior me hablaba de un asunto tan serio—dijo riendo la joven— que me ha parecido prudente venir a consultarle a usted.

—¿Te acuerdas, Papi, de que mañana es mi cumpleaños?—intervino rápidamente el pequeño—. ¿Me regalarás lo que te pida?

—¡Hombre!—contestó el padre—. Según lo que sea. Si me pides una locomotora de verdad, no podría comprártela. Pero si eres razonable, sí,

—Sería razonable pedirte un yate, con velas bien grandes?

—Veremos de complacerte, marinero.

Y volviéndose a Ruth le rogó que fuera a un bazar de juguetes y le comprara el yate más grande que hubiese.

Algunos días después Ruth había llevado a Junior al parque para jugar con el yate en el lago. Ruth se sentó en un banco a leer, mientras Junior seguía la marcha del velero desde la orilla.

—No te vayas muy lejos—le recomendó Ruth.

El niño con su trajecito de marinero, empezó a andar despacio, contemplando con orgullo el pequeño barco que avanzaba casi majestuosamente sobre las aguas rizadas del estanque. Unos cincuenta metros le separarían del sitio en que había quedado Ruth, cuando de la arboleda próxima surgió Mike, el cual, acercándose al niño, le dijo para halagarle:

—¡Qué yate más bonito tienes!

—Me lo regaló papá el día de mi cumpleaños.

—¿Te acuerdas de mamá?—preguntó seguidamente Mike—.

Tu mamaíta quería verte. Te necesitas.

—Tendría que dejar a mi papá, ¿no?—preguntó el pequeño, con sus aires de hombrecito juicioso—. Espera que vaya a avisar a tía Ruth.

—No, no. No le digas nada a tía Ruth. Es sólo un momento. Mamaíta está allá abajo llorando.

Y el niño, conmovido, se dejó llevar de la mano por Mike, mientras éste echaba ya sus cálculos sobre el rescate que podría pedir y que desde luego sería muy superior a los dos mil dólares que Kirkwood se había negado a entregarle.

* * *

Todas las emisoras de la policía empezaron a funcionar, dando orden de buscar al niño Kirkwood, de cinco años, secuestrado en el parque, y de detener a Michael Loftus (Mike), supuesto secuestrador. La orden de detención se extendía también a Vivian Kirkwood, que usaba además los nombres de Killroy o Revere..

Mike llevó al niño al piso donde tenía alojada miserablemente a Vivian. Esta, en quien el vicio y el remordimiento, tal vez, habían marcado huellas profundas, se encontraba, efectivamente, en un estado de postración y semi-inconsciencia.

—Tío Michael me dijo que estabas llorando. ¿Es verdad, Mamá?—preguntó el niño, tan pronto vió a su madre.

Ella, al ver a su hijo, comprendió la monstruosidad que Mike había cometido y levantó hacia él los ojos con ánimo de protestar.

—No tuve más remedio, Vivian—alegó Mike para justificarse.

La sensibilidad de Vivian no estaba todavía lo suficiente embotada para que su instinto de mujer y de madre no se rebelara ante aquella indignidad. Fué entonces cuando se le alcanzó toda la trascendencia del error tremendo que había cometido y la profundidad del abismo de abyección y de tragedia a que su irreflexión le había llevado. Y fué también entonces cuando se dió cuenta de que no era el amor lo que la había unido a Mike, sino un impulso más bien animal, nacido de su naturaleza pujante y no refrenda-

do por ninguna lección dura de la vida, antes al contrario, fomentado de continuo por los halagos prodigados a su belleza triunfadora. Sí, tenían razón sus amigas al decirle que la vida se le había presentado demasiado fácil. Ahora lo comprendía y hubiera querido retroceder. Pero ya era tarde.

Una voz ronca que hablaba a Mike, la sacó de su ensimismamiento. Era de un individuo de la banda que venía a dar a aquél el siguiente recado:

—Ace ha oído el parte de la policía y ha tenido una idea luminosa. Este "negocio" vale más de los dos mil dólares que tú le debes y él asumirá la dirección.

Vivian trató de oponerse a aquel plan diabólico y el recién llegado le dió un empujón que por poco la derriba al suelo.

—¡No quiero que le pegue a mi mamá! —protestó el niño, con ingenua entereza.

—Está bien, chico. Lo tendré presente.

Todos los individuos de la banda se trasladaron al piso de Mike, que se convirtió en cuartel general de los secuestradores. La policía, a instancias del atribulado Kirkwood, destacó todas sus reservas en busca de los criminales y los periódicos todos se hicieron eco de todas las noticias referentes al suceso. Las pesquisas se intensificaron sobre todo en la zona comprendida entre La Calle 68 y Avenida Hudson, donde un testigo había visto a un individuo que se ajustaba a las señas de Loftus, llevando de la mano un niño de la edad del secuestrado.

La banda había fijado el precio del rescate en 25.000 dólares, cantidad que, envuelta en un paquete, debía ser depositada en determinado sitio de aquellas inmediaciones, aunque lo bastante lejos para despistar a la policía. Esta estrechaba cada vez más el cerco hasta hacer desesperada la situación de los sitiados, que empezaban a carecer de todo. Vivian y su hijo eran vigilados hasta en sus más pequeños movimientos para impedir que llorando o asomándose a alguna ventana pudieran ser descubiertos. De vez en cuando Junior rompía a llorar y aquellos desalmados hubieran querido estrangularlo. La madre carecía ya de la droga traicionera en que se había acostumbrado a buscar un olvido pasajero y se revolvía sin cesar en el mísero lecho. El niño murmuraba a menudo:

—¿Estás enferma, mamaíta?

Uno de la banda, cada vez distinto, era enviado a intervalos a la calle para comprar víveres y ver si de paso podía recoger sin ser visto el paquete que contenía el dinero. Acababa de regresar el último emisario mandado, y el cabecilla lugarteniente de Ace, que desde fuera dirigía la operación, le interrogó:

—¿Traes el dinero?

El paquete está vigilado. Reconocí a cuatro policías y estoy seguro de que muy cerca habrá muchos otros.

—Pero por lo menos habrás comprado cocaína para ella, y cigarrillos y algo que comer.

—Nada. No pude. Hay tres policías en cada esquina.

La situación era ya insostenible. Llevaban ya diez días así, sin apenas comer ni dormir. Era cuestión de horas el que tuvieran que rendirse, o morir de hambre, o bien huir a la desbandada abandonando a sus prisioneros.

Pero esto último, que era más fácil, tenía un peligro.

La madre y el niño, al ser hallados por la policía, les hubieran delatado.

Por la mente del cabecilla cruzó entonces una idea siniestra. Buscó un cuchillo grande, de los que sirven para partir el pan en la mesa y, ofreciéndoselo a Mike, le dijo unas palabras al oído. Por la cara de espanto que puso éste podía adivinarse la proposición nefasta. Por la cara y por la respuesta:

—¡No puedo hacer eso a sangre fría! ¡No puedo!

—Tú tienes que hacerlo. Eres el único a quien conocen y te identificarían ante la policía.

—¡No puedo! ¡Un degüello a sangre fría! ¡Antes me mato y te mato a ti!

Mike iba a abalanzarse contra su interlocutor, pero otro de la banda lo derribó dándole por la espalda un terrible mazazo en el cráneo.

Vivian, por detrás de la puerta donde permanecía encerrada con su hijo, adivinó el sentido de la conversación y en el delirio de su locura, concibió todavía una idea, dictada por el instinto de madre. Escondió al niño bajo la cama y situándose ella frente al espejo, púsose a escribir, con el lápiz de los labios, unas palabras sobre la pechera de su camisa de dormir.

Uno de los gangsters, observándola por el ojo de la cerradura, se permitió todavía bromear con sus compañeros:

—Cree que va a salir de paseo porque se pinta los labios y se mancha la camisa.

Oír esto el compañero y precipitarse dentro de la habitación, fué todo uno. Vivian, al verle, dió un grito desgarrador y precipitándose a través de los cristales de la ventana, se lanzó a la calle desde una altura de cincuenta metros.

Al recoger abajo el cuerpo aplastado de la infeliz mujer la policía pudo leer en la camisa:

“El niño de Kirkwood está en el sexto piso”.

* * *

Aquella noche al acostarse el pequeño Junior en la habitación de su hogar, añadía a su oración de costumbre:

—... Y a mi querida mamaíta, donde quiera que esté, protégela y ampárala, Señor, si es Tu divina voluntad...

F I N

RECUERDE LAS SIGUIENTES PUBLICACIONES:

Caballistas del Oeste	0'15 pta.
Aventuras Film.	0'15 »
La Novela Cinematográfica del Hogar.	0'30 »
Éxitos Cinematográficos	0'50 »
Los Mejores Films.	0'50 »
Ediciones Especiales	1'— »

Ediciones BISTAGNE - GARANTIA DE EXITO

Números publicados:

- LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.
- LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.
- AMOR PROHIBIDO, por Bárbara Stanwyck, Adolphe Menjou, etc.
- UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians.
- UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.
- JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon, etc.
- PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat,
- PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
- BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez
- LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, etc.
- EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson y Loretta Young.
- MARIDO INFIEL, por Fritz Schulz, Paul Horbiger y Lucie Engisch.
- CON EL FRAC DE OTRO, por W. Haines y D. Jordan.
- CONDENADO, por Ronald Colman.
- MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Marie Glory.
- ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.
- EL DORADO OESTE, por George O'Brien.
- ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett, Ben Lyon, etc.
- LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron, etc.
- SU GRAN SACRIFICIO por Richard Barthelmess, etc.
- TRAS LA MASCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.
- TRES RUBIAS, por Joan Blondell, Ina Claire, Madge Evans, Lowell Sherman, David Manners, etc.
- ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy.
- AGUILAS HUMANAS, por Liane Haid, Oscar Marion, etc.
- DESILUSION, por Helen Twelvetrees, Eric Linden, etc.
- LA CUEVA DE LOS BANDIDOS, por George O'Brien, Maureen O'Sullivan, etc.
- NADA MAS QUE UN GIGOLO, por William Haines, Irene Purcell, María Alba, etc.
- LOS HIJOS DE LOS «GANGSTERS», por Boris Karloff, Leo Carrillo, Constance Cummings, etc.
- LA DAMA AZUL, por Joseline Gael, André Baugé, etc.
- AMOR PELIGROSO, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
- EL PARAISO DEL MAL, por Ronald Colman, Fay Wray, etc.
- CARAS FALSAS, Lowell Sherman, Peggy Shannon, etc.
- PROHIBIDO, por Conchita Montenegro, Leslie Howard, etc.
- POLLY, LA CHICA DEL CIRCO, por Marion Davies y Clark Gable.
- VIDAS INTIMAS, por Robert Montgomery, Norma Shearer
- HACIA LA LUZ, por Marilyn Miller, Lawrence Gray, etc.
- SUERTE DE MARINO, por Sally Eilers, James Dunn, etc.
- LA PELIRROJA, por Jean Harlow, Lewis Stone, etc.
- TORERO A LA FUERZA, por Eddie Cantor.
- LA FLOR DE HAWAI, por Marta Eggerth, etc.
- LA CASARSE, MUCHACHAS!, por Renate Muller, etc.
- CON PASION, por Fernand Gravey, Florelle Barón, etc.

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

Ultimos éxitos publicados:

MIS LABIOS ENGAÑAN

por Lilian Harvey y John Boles.

NO DEJES LA PUERTA ABIERTA

por Raul Roulien, Rosita Moreno, etc.

DOS NOCHES

por Conchita Montenegro, José Crespo, etc.

LA MELODIA PROHIBIDA

por José Mojica, Conchita Montenegro, etc.

El primer derecho de un hijo

por Eritha Tiele, Erne Morena, etc.

CANCION DE ORIENTE

por Ramón Novarro, Helen Hayes, etc.

La amargura del general Yen

por Nils Asther, Bárbara Stanwick, etc.

BOLICHE

por Irusta, Fugazot y Demare, etc.

La vida privada de Enrique VIII

por Charles Laughton, Robert Bonat, etc.

FRA DIAVOLO

por Stan Laurel, Oliver Hardy, etc.

Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

;No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.

B

E. B.

